

LA VIGENCIA INTELECTUAL DE JOHN STUART MILL*

Entre las muchas cosas que es posible aprender en una lectura atenta de los trabajos de Stuart Mill, además de su actitud tolerante y abierta, sus precisiones conceptuales sobre la libertad, los reflejos de una honesta práctica política y la defensa de las capacidades diversas de los individuos, se encuentran su reflexión profunda y su actuación consecuente frente a creencias básicas muy arraigadas como las que han sostenido el sojuzgamiento de las mujeres. Quizás pueda decirse que es el único pensador de talla universal, clásico y del género masculino, que ha escrito una obra importante en la que se analice la opresión de la mujer.**

Con todo, quisiera señalar otros elementos muy destacados de su contribución intelectual al campo estricto de la lógica y la filosofía de la ciencia, porque, aunque no pueda aquí sino dejar señalados algunos indicios, en la obra de Stuart Mill encontramos algunas de las piezas claves para lo que ha sido la teoría de la ciencia durante el siglo xx. En mi opinión, un lugar privilegiado desde el cual analizar el mapa de conjunto de la amplísima obra de Stuart Mill se encuentra precisamente en esta breve obra que hoy presentamos al público lector en español.

No puede decirse que se encuentre uno sin compañía a la hora de preparar esta edición de *La lógica de las ciencias morales* de John Stuart Mill, aunque es altamente probable que sea la primera vez que en español se hace una con la pretensión específica de reflexionar sobre la contribución de Mill a la filosofía de las ciencias sociales; por

* El presente trabajo se ha visto facilitado por diversos apoyos, en particular por dos proyectos de investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación español: *Hacia una nueva fundamentación de la filosofía de las ciencias sociales*. FFI 2008-03607 y *La trama de la argumentación: claves conceptuales e implicaciones filosóficas*. FFI 2008-00085.

** N. del T. Tema que he abordado en J. Francisco Álvarez, «John Stuart Mill y Emilia Pardo Bazán. Lecciones de un encuentro», en Eulalia Pérez Sedeño *et al.* (eds.), *Ciencia, tecnología y género en Iberoamérica*, Monografías 29, Madrid, CSIC, 2006.

el contrario, son varias y de muy diversa calidad las ediciones que con objetivos parecidos pueden encontrarse en otras lenguas.

Intentos varios y diversos para explicar y situar la obra lógica de Mill se han dado desde época muy temprana, muestra sin duda del enorme impacto que tuvo su obra en toda la segunda mitad del siglo XIX. Entre los primeros estudios cabe citar los de W. Stebbing, H. Taine, T. Gomperz o el de Alexander Bain.¹

De época más reciente, por su significación para la tradición del positivismo lógico, cabe referirse a una edición resumida de *A System of Logic* y la correspondiente introducción que realizó Ernest Nagel en 1950. Centrándonos en *La lógica de las ciencias morales*, cabría destacar el trabajo de H. Magid de 1965 y la edición y prólogo de A. J. Ayer de 1987. Los estudios sobre Mill han gozado de una buena salud académica y tenemos la enorme suerte de contar con una edición crítica de sus *Collected Works* concluida en 1991.² Durante una serie de años, a lo largo de la preparación de la obra completa, se editaron en la Universidad de Toronto unas *Mill's Newsletter*,³ pero su publicación cesó una vez culminada la ingente tarea editorial. Siguen siendo muy variadas las polémicas filosóficas contemporáneas que suelen encontrar en Mill un buen referente; las más recientes tienen que ver con la teoría social y el giro cognitivista en psicología.

¹ W. Stebbing, *Analysis of Mr. Mill's System of Logic*, London, Longman Green Longman Roberts & Green, 1864. Hippolyte Taine, *Le Positivisme Anglais; Étude sur Stuart Mill*, Paris-New York, G. Bailliéere, Bailliéere Brothers, 1864. Son varias las presentaciones, traducciones y recuerdos de Gomperz, por ejemplo, la muy difundida T. Gomperz, *John Stuart Mill. Ein Nachruf Von Theodor Gomperz*, Wien C. Konegen, 1889. Desde luego una gran difusión la tuvo Alexander Bain, *John Stuart Mill: A Criticism: With Personal Recollections*, London, Longmans Green and Co., 1882.

² John Stuart Mill, *Philosophy of Scientific Method. Edited with an Introd. By Ernest Nagel*, New York, Hafner Pub. Co., 1950.

John Stuart Mill, *On the Logic of the Moral Sciences. Edited by Henry Magid, with an Introd.*, Indianapolis, Bobbs-Merrill, 1965.

John Stuart Mill, *The Logic of the Moral Sciences*, edición a cargo de A. J. Ayer, La Salle, Illinois, Open Court, 1987.

John Stuart Mill, *The Collected Works of John Stuart Mill*, editor general John M. Robson, 33 vols., Toronto, University of Toronto Press, 1963-1991.

³ University of Toronto Press, and Victoria College (Toronto Ont.), «The Mill News Letter», 23 v. in 11, Toronto, University of Toronto Press. Se publicaron desde el otoño de 1965 hasta el verano de 1988 (23 números). Fusionadas con la Bentham Newsletter.

Las discusiones sobre la obra de Mill a las que me parece más interesante dirigir ahora la mirada se articulan en torno a tres líneas, quizás todas excesivamente generales, que interactúan. La primera hace referencia a la concepción general de la lógica, a la presentación milliana de los objetivos de la lógica y sus procedimientos deductivos, cuestión que algunos daban por resuelta a partir de las apreciaciones realizadas por Bertrand Russell en su discurso a la British Academy en 1951. Sin embargo, aquella estimación «negativa» de Russell requiere hoy de muy profundas matizaciones cuando no de una auténtica reconsideración. Una segunda problemática se conecta con los ámbitos de la «lógica inductiva», con los posibles procedimientos que ayudarían a incrementar nuestro conocimiento y en buena medida con todo lo que hoy llamaríamos filosofía de la ciencia e incluso gestión del conocimiento, ámbito en el que resulta bastante más pertinente lo que plantea Mill que buena parte de la sistematización formalista de la lógica.

Por último, un tercer grupo de problemas específicos del ámbito de la lógica de las ciencias morales, lo que hoy sin duda se corresponde con el espacio de la filosofía de las ciencias sociales. Se trata de discutir la dudosa pertinencia de ciertas metodologías cuantitativistas entendidas como procedimientos ciegos de recogida de información, técnicas de investigación ayunas de supuestos conceptuales básicos y diversos problemas implícitos en los mecanismos explicativos que pueden utilizarse en estas ciencias, sus compromisos teóricos generales e incluso sus condiciones de posibilidad como ciencias. De esos tres aspectos aquí principalmente nos preocupará el tercero, por lo que nos referiremos a los otros dos solamente cuando sea preciso para afianzar alguna noción del campo de la filosofía de las ciencias sociales.

Desde luego no son estos asuntos los únicos interesantes hoy en el estudio de la obra de Mill; otros dos temas que también podrían situarse bajo la rúbrica de filosofía de las ciencias sociales serían: a) el estatuto de posibilidad de la ética como reflexión rigurosa sobre los fines, y b) la necesidad o no de una ciencia de la conducta individual y colectiva, lo que Mill llama «Etología», para poder hablar propiamente de ciencia social.

Así que la cuestión no es, en mi opinión, la de discutir una vez más la influencia de Bentham o de James Mill sobre la conformación del carácter moral de John Stuart Mill ni tampoco la supuesta influencia de Harriet Taylor sobre su manifiesto feminismo, todos ellos temas en sí mismos interesantes pero que no tienen incidencia a la

hora de analizar y construir ciencia social. Como he indicado, no me parece para nada definitiva la opinión emitida por algunos lógicos del siglo xx sobre la obra lógica de Mill, y mucho menos justificada me parecen esas opiniones por lo que se refiere a su «filosofía de la ciencia», pues, para empezar, no resulta en absoluto evidente que la forma en que Mill plantea el completo estudio de la lógica esté tan obsoleto como en algún momento pensó Russell. Aunque sea como simple muestra de lo que digo, vale la pena ver el libro de G. Scarre sobre la lógica y la realidad en la filosofía de J. S. Mill.⁴ El tejer y destejer sobre la obra de Mill ha sido frecuente, algo que por otra parte parece natural teniendo en cuenta que sin duda estamos hablando de un auténtico clásico del pensamiento inglés del siglo xix.

Con esta traducción española no solamente pretendemos atender al interés intrínseco de disponer en nuestra lengua de un clásico de la metodología de la ciencia social, sino que tratamos de buscar algunas respuestas sobre temas sin duda básicos para la comprensión de la actual situación de las ciencias sociales. Muy diversos cuestionamientos actuales están semielaborados en la propuesta de Mill; precisamente en esta pequeña obra aparecen muchos de esos aspectos sobre los que se sigue discutiendo contemporáneamente. Por ejemplo, en la actual revalorización de la obra de Alexis de Tocqueville para el análisis de los problemas de la democracia no está de más recordar que ya Mill había tenido bien en cuenta sus trabajos.

La sección de *A System of Logic* dedicada a las ciencias morales, cuya traducción presentamos, tiene además un valor muy especial, porque ahí se concentra el gran objetivo general y explícito de la lógica de Mill. Comparto, aunque posiblemente por diferentes motivos, la opinión sostenida por Alan Ryan de que el objetivo último de toda la lógica de Mill consistía en escribir sobre la naturaleza y los fundamentos de las ciencias sociales. Ryan hace esa propuesta, en buena medida, para intentar salvar las debilidades que, según la opinión generalizada en los cuarteles del positivismo lógico y especialmente en las críticas planteadas por Frege o por Russell, aparecerían en otras partes de la lógica de Mill. En mi opinión, por el contrario y como ha señalado entre otros G. Scarre, estimo que vale la pena tomarse el trabajo de lógica y metafísica de Mill como un serio trabajo de lógica y metafísica con

⁴ Geoffrey Scarre, *Logic and Reality in the philosophy of John Stuart Mill*, Dordrecht, Kluwer, 1989.

asuntos interesantes en sí mismos y no sólo para fundamentar sus intereses políticos y sociales.

La obra de J. Stuart Mill y, en particular, esta pequeña joya de la reflexión filosófica que hoy presentamos al público de lengua española, sin duda es una fuente de reflexión de primer orden para el análisis de la situación en las ciencias sociales contemporáneas. Por ejemplo, la revisión que se hace del venerable problema del determinismo y el libre albedrío bien puede servirnos como antecedente (incluso aclaración) de muchas de las más enconadas discusiones actuales. Sus conexiones con la que posteriormente sería la posición de Pareto resultan esclarecedoras.

La lógica de las ciencias morales (libro VI de *Un sistema de lógica*), de John Stuart Mill, puede considerarse una presentación canónica de muchos temas de filosofía de las ciencias sociales, incluso un antecedente claro de la lógica de la situación de Popper y que además señala a la pertinencia del estudio de la pluricausalidad. Se puede considerar, además, a J. S. Mill como uno de los proponentes de lo que posteriormente se ha llamado modelo hempeliano nomológico-deductivo.

La enorme importancia que, a todas luces, en la formación intelectual del siglo XIX tiene *A System of Logic* aparece reconocida de manera explícita en algunos de los más destacados historiadores del pensamiento social; como dice J. Schumpeter: «El libro fue una auténtica fuerza motriz en la civilización burguesa».⁵ Sería importante disponer de una versión en español que, a la vista de la historia de la lógica desde finales del XIX y su profunda transformación a lo largo del siglo XX, nos permitiese situar una obra tan destacada como la de Mill en relación con los cambios producidos por la expansión de las ciencias de la computación, las lógicas no monótonas y las lógicas de la relevancia, además de mostrar su posible utilidad en la recuperación de la importancia de los estudios sobre argumentación, retórica y, en definitiva, de lógica informal. Esa edición completa de *A System of Logic* tendrá que esperar a que encontremos un editor animoso.

Ahora pretendemos dejar claro ante el lector, aunque no ofrezcamos aquí sino la versión de uno de los libros que conforman *A System of Logic*, precisamente el referido a *La lógica de las ciencias morales*,

⁵ «The book was a living force in bourgeois civilization», J. S. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, Barcelona, Ariel, 1982 (1954), p. 449.

que hay bastante más en la lógica de Mill de lo que durante años la historiografía oficial de la lógica ha estado dispuesta a reconocer. Recuerdo que hace ahora unos veinte años, en una corta estancia investigadora en la Universidad de Toronto, inicié la lectura sistemática de la obra de Mill en un ambiente en el que hacía muy poco que un comité editorial, presidido por J. M. Robson, del Victoria College de la Universidad de Toronto, prácticamente había concluido la edición de los *Collected Works* de John Stuart Mill, una tarea monumental que ha permitido desde entonces disponer de una excelente edición crítica de la obra completa del autor en perfectas condiciones para su estudio.

Durante buena parte del siglo xx ha sido frecuente encontrar valoraciones de la obra de Mill aparentemente muy cercanas en lo afectivo, pero muy derogatorias respecto a su contenido intelectual. Un auténtico modelo de ese género lo constituye el texto de Bertrand Russell: *Stuart Mill, un filósofo de buen corazón*. Un tratamiento cálido en lo personal, incluso sentimental, pero apuntando a una supuesta superficialidad o incoherencia del conjunto de propuestas teóricas de Mill: comenzando porque, al parecer, su consideración de la lógica había quedado plenamente superada por la auténtica constitución de la lógica formal a manos de Frege y del propio Russell, siguiendo por una superación total de la economía política a manos de la revolución marginalista y pasando por el auténtico avance behaviorista en psicología. Todos ellos son tópicos que merecerían una reflexión cuidadosa y la obra de Mill puede ser un buen punto de partida para la revisión conceptual del siglo xxi. La lógica no se restringe a lo que por ello entendían Russell y sus seguidores: la revitalización de la lógica «inductiva» y la lógica «abductiva», la aparición de lógicas difusas, lógicas no monótonas, lógicas epistémicas o lógicas de la relevancia, apuntan a algo más en el suelo de la lógica que al astringente menú del positivismo lógico. Lo mismo ocurre en el campo de la economía, en la que cada vez aparece con mayor importancia la revisión de los modelos humanos que están en la base de nuestras teorías económicas y de nuestras consideraciones institucionales y sociales. Por no hablar de los cambios realmente profundos que hemos vivido en el tránsito de la psicología conductista a las diversas formas del cognitivismo.

Un cierto toque de atención apareció con la obra de Paul K. Feyerabend, que convirtió a Stuart Mill en uno de sus apoyos principales,

lo que sirvió para que a comienzos de los años setenta del pasado siglo se comenzara una lenta pero progresiva recuperación de las aportaciones teóricas de Mill con trabajos que mostraban la conveniencia de superar y revisar enfoques que habían dado por hecho la superficialidad o la incoherencia de sus contribuciones, ya fuera sobre temas epistemológicos generales, ya fuese sobre ciencia económica.

El texto que presentamos puede ayudar también a colocar en su sitio las sorprendentes y habituales referencias a Mill en diversos manuales de teoría social o de metodología de las ciencias sociales (por ejemplo, Goldenberg, Sheldon, *Thinking Methodologically*, New York, Harper Collins, 1992, pp. 134 y ss.), en los que la principal aportación de Mill a las ciencias sociales parecen ser los cuatro métodos de indagación experimental, de autoría habitualmente asignada a Mill y supuestamente claves para el diseño experimental en ciencias sociales. Sin embargo, como podremos comprobar en las páginas siguientes, Mill explícitamente rechaza esos métodos como pertinentes para la actividad principal en ciencias sociales.

Precisamente en 1995 escribí una contribución, «John Stuart Mill: la etología que nunca se escribió», para una obra colectiva, *El individuo y la historia*, compilada por Aramayo, Muguerza y Valdecantos, en la que comentaba la importancia que podría tener la edición de esta pequeña obra de Mill. En estas notas introductorias he considerado oportuno recuperar algunas líneas y textos de aquella reflexión, que de hecho era un borrador de introducción para una edición bilingüe de *La lógica de las ciencias morales* que, con el impulso y ánimo de mi buen amigo Roberto Rodríguez Aramayo, tenía previsto editar hace quince años; el tiempo transcurrido ha servido para afianzar aún más la vigencia de las propuestas de Stuart Mill y esperemos que ahora finalmente podamos contribuir en algo a la presencia de su obra en nuestro mundo académico.

Poco a poco he llegado al pleno convencimiento de la enorme importancia que para las ciencias sociales contemporáneas tiene la obra de Mill, además de su pertinencia para otros asuntos relativos a la epistemología general y a la filosofía de la ciencia; por no hablar incluso de la necesidad de revisar la crítica de Frege al empirismo milliano por lo que respecta a los fundamentos de la matemática (como ha señalado de manera muy atinada Philip Kitcher)⁶ y, por supuesto,

⁶ Philip Kitcher, «Arithmetic for the Millian», *Philosophical Studies*, 37 (3), 1980.

la importancia de revisar la opiniones que con frecuencia han tratado de presentar a Mill como un lógico que no había tenido tiempo de conocer la buena nueva inaugurada por Frege y continuada por Russell. Todo esto sin duda sería justificatorio de la conveniencia de proceder a una traducción de toda la lógica, aunque el libro que presentamos hoy pueda servirnos para revisar los aspectos centrales de la propuesta de Stuart Mill y para conocer el ambiente intelectual en el que se desarrollaban muchos de los problemas que, en mi opinión, siguen siendo hoy centrales en la filosofía de la ciencia social.

Suele aceptarse que la publicación de *The Wealth of Nations* (1776) de Adam Smith supone el nacimiento de la economía política, en forma de ciencia separada. Quizás en esa misma perspectiva podría señalarse a Nassau William Senior como el iniciador de la reflexión consciente sobre los problemas de la metodología económica. Resulta particularmente ilustrativa la introducción a su *An Outline of the Science of Political Economy* (1836), en la que, además de distinguir con insistencia entre riqueza y felicidad, entre los problemas de organización y administración social y los relacionados con la naturaleza, producción y distribución de la riqueza, Senior plantea con toda claridad que el principal objeto de su ensayo es proceder a una revisión terminológica que ayude a precisar los métodos y objetivos de la ciencia: «Si los economistas hubieran sido conscientes de que la Ciencia depende más del razonamiento que de la observación, y que su principal dificultad no reside en el establecimiento de los hechos sino en el uso de los términos, no dudamos de que sus principales esfuerzos se hubieran dirigido a la selección y uso consistente de una terminología adecuada».

Por varias razones, y en especial por su sistematismo, cabe considerar *A System of Logic Ratiocinative and Inductive* de J. S. Mill (1843), en particular el libro VI: *On the Logic of the Moral Science*, como uno de los pilares básicos en la constitución de la filosofía de la ciencia social. Si a ello le añadimos, por ejemplo, el conjunto explícito de reflexiones que Mill hace sobre la estructura y la forma de explicación en economía en el ensayo V, *On the Definition of Political Economy, and on the Method of Investigation Proper to It*, de sus *Essays on Some Unsettled Questions of Political Economy* (1844), no parece que pueda disputársele ese mérito.

Lo peculiar y distintivo de la contribución de Stuart Mill a la teoría económica no se encuentra tanto en sus aportaciones a la ciencia

misma —pero tampoco resulta prescindible, aunque solamente sea a la vista de los cambios que estamos viviendo en los modelos económico-sociales vigentes—, más bien hay que buscarlo en sus reflexiones de segundo orden sobre esa actividad teórica, en sus consideraciones sobre la estructura de la teoría económica y sobre sus condiciones de posibilidad.

Por supuesto que resulta tentador decir que a Mill le ocurrió con la economía política y las leyes del valor (ricardiano) algo parecido a lo que le sucedió a Kant con la lógica; ambos pensaban que se enfrentaban con ámbitos de la ciencia bien y definitivamente establecidos, y en los dos casos las nuevas teorías que aparecieron posteriormente supusieron transformaciones radicales del objeto de investigación (el marginalismo y la lógica formal). Pero estas visiones «progresistas» y acumulativas del conocimiento me parece que dejan fuera lo peculiar y distintivo de la construcción teórica, particularmente en el campo de las ciencias humanas y sociales. Precisamente porque son espacios en los que nuestra intencionalidad tiene un papel muy destacado, incluso la determinación de las regularidades que podemos considerar leyes de lo social no debe olvidar el doble juego entre lo que ahora suele llamarse estructura y acción, agencia y determinación. Esa doble articulación del individuo y el sistema es algo que aparece con toda claridad en esta obra de Mill. Me atrevo a decir que quienes encuentren interesante las consideraciones de Anthony Giddens o de Ulrich Beck para la teoría social contemporánea pueden encontrar mucho material antecedente en la aportación de John Stuart Mill.

De manera parecida a como suele decirse que la publicación de *The Wealth of Nations* (1776) de Adam Smith significa el nacimiento de la economía política como ciencia separada, creo que podríamos considerar que *On the Logic of the Moral Sciences*, libro VI de *A System of Logic Ratiocinative and Inductive* de J. S. Mill supone un constituyente básico en la configuración de la filosofía de la ciencia social.

Lo distintivo de la obra de Mill no reside ni en su elaboración de teoría económica ni en sus reflexiones al hilo de tal elaboración; tampoco tendría un papel tan claramente fundacional si se limitase exclusivamente a la presentación sistemática de los tópicos que habitualmente aparecían en los tratados tradicionales de lógica. A pesar de que sea destacable su preocupación por el análisis de la observación y la experimentación o su presentación detallada, en el capítulo VII del libro II de su *Lógica*, de los cuatro métodos

de indagación experimental —concordancia y diferencias, residuos y variaciones concomitantes— que configuran parte de la actual metodología experimental y del canon por el que casi exclusivamente suele recordarse a Mill en los libros de metodología de las ciencias sociales.

A pesar de todo ello, no son esos rasgos los que le convierten en un clásico de la filosofía de la ciencia social, sino fundamentalmente la presentación explícita, en el libro VI, de un programa de análisis metodológico de la ciencia social: «Solamente podremos remediar el estado de atraso de las ciencias morales aplicándoles los métodos de la ciencia física, adecuadamente extendidos y generalizados».

Mill considera inadecuados o al menos no concluyentes para las ciencias sociales el método químico experimental, el método abstracto o geométrico, e incluso el método deductivo concreto aplicado en física. Propone para la ciencia social lo que llama el método histórico o deductivo inverso. Como han observado diversos autores,⁷ la presentación de Mill es muy matizada y, de entenderse bien, ahorraría muchas de las discusiones entre inductivistas y deductivistas en ciencia social. En todo caso resulta difícil resistirse a señalar que la noción de pluricausalidad planteada por Mill puede servir como una buena guía para problemas metodológicos actuales. Un buen aviso para quienes asocian complejidad a una suerte de ininteligibilidad caótica es el siguiente: «La complejidad no surge del número de leyes aplicables, que no es muy grande, sino del extraordinario número y variedad de datos y elementos de los agentes que, siguiendo ese pequeño número de leyes, cooperan conjuntamente para producir el efecto» (*Lógica*, 10,9,1).

Desde el punto de vista de la formación de la filosofía de la ciencia social no es nada desdeñable la gran difusión que tuvo *A System of Logic* durante todo el siglo XIX, que de hecho constituyó (recordemos

⁷ Mark Blaug, *The Methodology of Economics or How Economists Explain*, Cambridge, CUP, 1980. Joseph A. Schumpeter, *History of Economic Analysis*, New York, OUP, 1954 (vers. esp., Barcelona, Ariel, 1982). William Thomas, *John Stuart Mill*, Oxford, OUP, 1985.

Un buen análisis de la contribución de Mill a la filosofía de la ciencia social lo constituye R. Brown, *The Nature of Social Laws* (London, Cambridge University Press, 1984), a diferencia de otros autores, como Sheldon Goldenberg, *Thinking Methodologically* (New York, Harper Collins, 1992), que sencillamente repiten el tópico «metodológico» de un Mill que justifica los cuatro métodos de la indagación experimental para las ciencias sociales.

la expresión de asombro de Schumpeter) un factor importante en la configuración del «conocimiento público» de los científicos sociales. Tanta y tan general fue su influencia que aún hoy al referirse a Mill se producen sesgos y «errores» de primera magnitud en la presentación de obras metodológicas para las ciencias sociales, debido a la incorporación de ese conocimiento público a partir de fuentes secundarias. Al referirse a Mill, aunque se citen por doquier los cuatro métodos de la indagación experimental considerados como sus aportaciones principales para la sistematización de la ciencia social, no se comenta para nada el libro VI, donde en particular se ofrece la reflexión sobre la lógica de las ciencias morales, y donde, subrayémoslo una vez más, se rechazan esos métodos de indagación para el caso de elaboración teórica de las ciencias sociales.

Sin embargo, como ha dicho entre otros A. Ryan,⁸ con el libro VI de *A System of Logic* estamos seguramente ante uno de los trabajos más permanentes sobre el método de las ciencias sociales que haya sido nunca escrito. Ahora bien, el hecho de precisar con tanto detalle y corrección las condiciones para una adecuada ciencia social provocó que Mill fuese también plenamente consciente de que las derivaciones más sencillas de las ciencias sociales no se lograban sostener en pie si las sometíamos a una atenta revisión científica. Tal como decía Lewis S. Feuer, en un interesante artículo de 1973,⁹ ciertamente John Stuart Mill no nos legó la etología, la ciencia que él mismo consideraba paso indispensable para disponer de la sociología científica y que proyectaba elaborar después de terminada la *Lógica*. En opinión de Feuer, el supuesto fracaso de Mill en presentarnos esa ciencia de la etología completamente desarrollada es precisamente una muestra de su éxito en el análisis de la complejidad de la ciencia social. En mi opinión, además de esa importante idea de Feuer, que comparto plenamente, cabe pensar que Mill en realidad sí que escribe algo de esa su *Etología*; al menos una importante parte en la que expresa que, a pesar de todas las tendencias y generalidades que puedan establecerse, en ciencia social no es posible sino estudiar la ejemplificación en casos concretos, y cuán cerca de la ley general está el caso concreto

⁸ Alan Ryan, *The Philosophy of J. Stuart Mill*, 2.^a ed., New York, Prometheus Books, 1990.

⁹ Lewis S. Feuer, «John Stuart Mill as a Sociologist: The Unwritten Ethology», en *Papers of the Centenary Conference*, John M. Robson y Michael Laine (eds.), Toronto, 1976, pp. 86-110.

en esta ciencia de la conformación del carácter. Pero ¿dónde hace eso Mill?; mi hipótesis es pura y simplemente que ese trabajo lo hace Mill en varios lugares, aunque principalmente en su *Autobiografía*.¹⁰

En esa obra Mill presenta con enorme claridad los diversos procesos de la conformación de su carácter y, por eso mismo, es una pieza indiscutiblemente necesaria a la hora de entender bien —o al menos si tratamos de extraer el máximo rendimiento— tanto *La lógica de las ciencias morales* como otros trabajos de Mill. La *Autobiografía* y buena parte de la correspondencia de Mill son lugar privilegiado para encontrar lo que pudo haber sido y lo que nunca pudo ser la prometida *Etología*. Entre esos textos diversos hay uno que puede considerarse también como parte de su *Etología*; me refiero a *The Subjection of Women*.¹¹ En ese texto, entre otras muchas cosas, se analiza con sumo detalle cómo afecta a la conformación del carácter de la mujer el hecho social de su opresión.

Esta hipótesis se ve apoyada por la misma forma en que Mill nos sugiere que leamos su *Autobiografía*, como el análisis de un experimento educativo:

Ni por un momento he imaginado que nada de lo que tengo que contar pueda ser interesante para el público, ni por lo que constituye la narración misma, ni por el hecho de que se refiere a mi persona [...] puede ser útil el dejar constancia de un proceso educativo que fue poco común y notable [...] prueba de que en esos primeros años de vida que son prácticamente desperdiciados por los sistemas comunes de instrucción puede enseñarse, y enseñarse bien, mucho más de lo que generalmente se supone.¹²

¹⁰ Algunas de estas sugerencias (véase mi artículo de 1995 «John Stuart Mill: La Etología que nunca se escribió», en *El individuo y la historia*, editado por R. Aramayo, J. Muguerza y A. Valdecantos, Barcelona, Paidós, pp. 79-99) podrían ahora verse apoyadas en trabajos como los de Terence Ball, «The Formation of Character: Mill's "Ethology" Reconsidered», *Polity*, vol. 33, n.º 1, 2000, pp. 25-48.

¹¹ Es interesante la edición e introducción preparada por Susan M. Okin, de donde he recogido parte de la opinión expresada sobre esta obra de Mill, J. S. Mill (1869), *The Subjection of Women*, Indianapolis, Hackett Pub. Co., 1988. No sería desdeñable una reflexión, no ecléctica, pero sí densa, de las relaciones posibles entre el feminismo de la igualdad y el feminismo de la diferencia utilizando algunos de los referentes metodológicos de Mill. Aunque sólo sea como indicación anecdótica, vale la pena recordar que ese texto fue traducido por vez primera al alemán, con algunos curiosos comentarios, por un conocido misógino: Sigmund Freud.

¹² J. S. Mill, *Autobiografía*, p. 1, edición española de C. Mellizo, Madrid, Alianza, 1986.

Por eso mismo plantea Mill que, a quien no le interese este tipo de cuestiones generales, haría bien en no seguir la lectura de su *Autobiografía*. No se trata de una simple figura retórica, de hecho el libro se expande en un alto nivel de generalidad y trata de establecer y ejemplificar en muchos pasos opiniones de carácter general que le vinculan estrechamente con todo su trabajo teórico, especialmente con *La lógica de las ciencias morales*, con *Sobre la libertad* y con *La esclavitud de la mujer*. Por ejemplo, dice Mill:

Me he convencido, desde hace mucho tiempo, de que la prevaliente tendencia a considerar como innatas y fundamentalmente inalterables todas las diferencias de carácter que se observan en los seres humanos, y a ignorar las pruebas irrefutables que demuestran que la mayor parte de esas diferencias —ya sea entre individuos, razas o sexos— no son otras que las producidas por diferencias de tipo circunstancial, es uno de los grandes impedimentos para tratar racionalmente las grandes cuestiones sociales, y uno de los grandes obstáculos que impiden el progreso de la Humanidad.¹³

A partir de estas indicaciones podría verse lo absurdo de una posición, nada original por cierto, como la defendida por Stove en su agresivo artículo «The subjection of Stuart Mill»,¹⁴ y, aún mucho más importante, creo que podemos encontrar elementos para lo que podríamos llamar un utilitarismo de segunda generación, una consideración de preferencias de segundo orden y la caracterización del propio hecho de considerarse un sujeto agente como un elemento decisivo en la acción.¹⁵ Particularmente, creo que Mill sitúa el tema en la línea de analizar las capacidades potenciales de los individuos como un elemento central para el análisis y la valoración de la sociedad.

La explicación que Mill dio en su *Lógica* sobre los rasgos generales de las ciencias sociales ha resistido en lo esencial críticas de diverso tipo. Lo que él llamaba el método deductivo inverso venía a ser una conjunción de tres planos diferentes del análisis social. Las leyes de la psicología, como leyes fundamentales de la mente, que llegamos a conocer

¹³ *Ibíd.*, p. 257.

¹⁴ Aparecido en *Philosophy*, 1993. Trata de sustentarse sobre la idea de que Mill nunca defendió con auténtica convicción la igualdad intelectual de los sexos.

¹⁵ Asuntos que me parecen fundamentales, pero que no puedo abordar aquí. Un trabajo importante que apoyaría esta línea es el estupendo libro de Wendy Donner, *The Liberal Self*, Ithaca, New York, Cornell University, 1991.

mediante la introspección y la comprensión empática, constituyen la base de todas las verdades sociales. Además de esas premisas mayores, que constituyen las premisas básicas de la psicología considerada como ciencia deductiva, el sociólogo conoce cierto tipo de consecuencias empíricas, pero para obtenerlas como leyes empíricas, como conclusiones derivadas de la psicología, el sociólogo necesita de algo más.

Entre las leyes fundamentales de la mente, las leyes de la psicología y las leyes empíricas de la sociología situaba Mill otra componente, el reino de los principios intermedios —*axiomata media*—, las leyes de la etología. Estas leyes serían componentes básicos de la ciencia de la formación del «carácter nacional», quizá hoy diríamos del carácter social. Las instituciones sociales vendrían a ser las condiciones sociales iniciales en cuyo marco actuarían las leyes de la psicología humana, y esto daría lugar a ciertas leyes de la etología, algo parecido a lo que, como recuerda L. S. Feuer, hoy estaríamos tentados a llamar psicología social, aunque con ello no se capte totalmente la compleja actitud de Mill con respecto al individuo. Se trata de analizar el tipo de sentimientos y de conductas humanas que las circunstancias sociales producen o provocan a partir de la naturaleza psicológica general del ser humano. Con todo ello las leyes empíricas de la sociología podrían obtenerse, o ser derivables en su caso, a partir de las leyes de la mente y de ciertas premisas etológicas.¹⁶

Interesante resulta observar cómo en efecto Mill adopta lo que hoy podríamos llamar superación de la división académica del saber, una cierta ruptura de los ámbitos disciplinares sin proponer algún tipo de ciencia general previa y universal, ya fuera la economía, ya fuese la historia, como era sólito en su época. Así, por ejemplo, siguiendo de nuevo a Feuer, podemos observar operando en forma no ecléctica en los trabajos de Stuart Mill las tres grandes corrientes de los estudios sociológicos: los herederos de Durkheim, con su rechazo de los componentes psicológicos y de los componentes individuales; los empiristas, que no se plantean la reflexión sobre leyes causales sino sólo simple generalización, y, por último, los fenomenólogos, cuya insistencia se sitúa exclusivamente en los procesos psicológicos internos. Quizá pudo ser esa misma comprehensividad del método deductivo inverso de Mill lo que le hizo imposible ajustar ciertas leyes empíricas que él querría afirmar, pero que parecían ir en líneas opuestas. Por ejemplo, trata de

¹⁶ L. S. Feuer, *op. cit.*, pp. 87 y ss.

combinar el optimismo en el progreso y el pesimismo derivados del avance de la mediocridad y la burocracia; igual ocurre en conexión con su formación: la importancia del proceso educativo y los factores causales externos, pero también la propia actitud personal. Mill nos recuerda que nuestra propia acción es al menos tan importante como lo que otros consideran que es la suya a la hora de moldear nuestro carácter; un elemento importante en la superación de la tremenda crisis personal que sufrió a los veinte años lo constituyó cierta combinación entre la racional e ilustrada educación con la educación sentimental; algo similar le ocurrió en su conexión con Harriet Taylor y su decidida actitud moral contra corriente.

En definitiva, si queremos saber qué es para Stuart Mill «la etología», será bueno leer la sección cuarta del capítulo V de *La lógica de las ciencias morales*, «De la etología o ciencia de la formación del carácter»:

Se forma así una ciencia a la que propongo dar el nombre de Etología, la ciencia del Carácter; a partir de *ἦθος*, la palabra griega más cercana que cualquier otra de esa lengua al término «carácter» tal como lo uso aquí. Quizá sea etimológicamente aplicable a toda la ciencia de nuestra naturaleza mental y moral... pero si, como es frecuente y conveniente, utilizamos Psicología para la ciencia de las leyes elementales de la mente, la Etología servirá para la ulterior ciencia que determina el tipo de carácter producido de conformidad con aquellas leyes generales, mediante cualquier conjunto de circunstancias, físicas y morales. Según esto, la Etología es la ciencia que corresponde al arte de la educación, en el sentido más amplio del término, incluyendo la formación del carácter nacional o colectivo así como el individual.

Podríamos hacer nuestros los términos con los que cierra Lewis Feuer el artículo al que nos hemos venido refiriendo: Mill nunca escribió un sistema completo de sociología porque es el único que no confundió la completud subjetiva de una mente limitada con la completud objetiva de la explicación sociológica.

Esta globalización, que puede llamarse multilateralidad y pluricausalidad en la consideración metodológica de Mill, es una razón más por la cual, cuando hoy buscamos una orientación o guía intelectual con respecto a los problemas de la libertad y los acontecimientos en las sociedades del capitalismo red, en las sociedades de

la información, de la globalización, del agotamiento del entorno, de la presión poblacional y del calentamiento global, encontremos en Mill un buen referente y que podamos decir con Feuer que Mill es el único sociólogo del siglo XIX cuyas páginas no están descoloridas por la corrosión de la parcialidad del tiempo pasado. Otros, que pretendían ser capaces de prefigurar las leyes de la historia, estaban obsesionados por el demonio de hacer el gran giro en la historia de la humanidad; Mill sostuvo una posición ética más modesta, la de actuar para conseguir la felicidad humana en la medida que las circunstancias lo permitían. Al hacerlo así, el «santo del racionalismo» ayudó a la concepción de la verdad científica con una integridad que nunca alcanzaron los profetas ideólogos. Siendo esto así, sin embargo, sería importante contrastar con mayor detalle con opiniones muy fundadas como las expresadas por G. Duncan en *Marx and Mill. Two views of social conflict and social harmony*, en la que se rechaza la posición de Feuer, particularmente por lo apresurada que es su opinión sobre Marx.¹⁷

A. Ryan ha llamado la atención sobre el pasaje de *On Liberty* en el que Mill se preocupa por defender un derecho casi absoluto a la libertad de expresión, como medio de asegurar la verdad. No podemos prohibir a otro que exprese su opinión, aunque estemos muy seguros de que está diciendo sinsentidos. Puede que tenga razón, o si está equivocado, quizá tenga una razón parcial, o si está completamente confundido, eso mismo puede impelernos a sostener un punto de vista más cercano a la verdad que el que de hecho tenemos. La verdad sólo avanza si está abierta al ataque de toda opinión heredada. Es más, sólo será una viva e intensa verdad si estamos dispuestos y nos acostumbramos a defenderla de sus críticos. Puede pensarse que aquí nos encontramos con una posición cercana a una idea instrumental de la verdad, o ante una cierta versión de la explicación falsacionista del progreso científico a la manera de Popper. También hay quienes han querido ver una prefiguración de las tesis kuhnianas, pero hay otra forma de leer ese texto de Mill.

De hecho, me parece que Mill está abordando otro asunto diferente al de las cuestiones epistemológicas, pues allí no se trata tanto de un problema sobre la verdad científica cuanto de aspectos relacionados con las «verdades» de la moral o de la religión. No se refiere al

¹⁷ El importante libro de G. Duncan (Cambridge, CUP, 1973) lo conocí gracias a J. Muguerza no mucho después de su publicación.

tema de la correspondencia de nuestros enunciados con los hechos, sino del estado de la mente en el que nos colocamos sean cuales sean las creencias que sostengamos sobre el significado de la existencia y de los fines de la vida. Es la diferencia entre la aceptación acrítica de ideas en las que confiamos sin pensar y otras que realmente hacemos propias. Las primeras requieren poco más que cierta capacidad imitativa, repetir lo que se nos ha dicho; las segundas requieren pensar independientemente, y es en este sentido en el que tenemos que valorar la crítica y la oposición. Así es como aparece el proceso de formación del carácter y aquí tenemos más datos sobre lo peculiar de la etología como ciencia en el sentido propuesto por Mill.

Se ha planteado muchas veces que Mill está oscilando entre una posición inductivista y otra falsacionista en su idea del método correcto para la ciencia. En el primer sentido la ciencia se construiría mediante la observación y la experimentación, además extrapolando y generalizando a partir de los datos que facilita aquella actividad de recogida de información. Por supuesto que Mill escribe a troche y moche como si la inducción fuese el método exclusivo de la ciencia, pero hay que poner mucha atención y, aunque no sea mi tema aquí (véase A. Ryan, *Mill's Political Thought*, p. 131), digamos de pasada que su defensa de la inducción tiene muy poco que ver con el tipo de cosas que son criticadas por Popper y otros falsacionistas.

Al mismo tiempo el tipo de defensa que hace en *On Liberty* puede ser leída, como ya he señalado, en clave falsacionista: al afirmar que ninguna creencia es efectivamente conocida a menos que lo sea por alguien que conozca lo que se puede decir en contra. Pero esto tampoco debería ser leído simplemente como algún tipo de sintonía con posteriores filósofos de la ciencia. Mill está tratando más bien de plantear un test prescriptivo para establecer cómo aceptar que sabemos algo, no de fundamentar un precepto metodológico para los científicos. (Estas líneas han sido trabajadas atentamente por A. Ryan y me parece que son interesantes al menos como un buen ejercicio en historia del pensamiento científico.)

En la *Autobiografía* (p. 225) aparecen también anotaciones muy relevantes para entender su posición sobre la ciencia social. Refiriéndose a la edición de sus *Principios de economía política* (obra impresionante que escribió en poco más de año y medio, del otoño de 1845 a finales de 1847), y sobre la que es conveniente recordar la existencia de múltiples correcciones que van desde una posición casi «clara-

mente antisocialista» a una declaradamente socialista en la edición de 1852 (3.^a edición); allí dice Mill:

No era simplemente un libro de ciencia abstracta, sino que tenía aplicación y trataba de la economía política, no como algo en sí, sino como un fragmento de un todo más extenso: como rama de la filosofía social, tan entremezclada con sus otras ramas que sus conclusiones, incluso las que caen bajo su jurisdicción particular, sólo son verdaderas de un modo condicional, pues están sujetas a interferencias y reacciones provenientes de causas que no pertenecen a sus dominios. Por eso, entre otras cosas, no tiene pretensiones de ser una guía práctica [...] Hay, sin embargo, algunos que sabiendo sólo economía política (y naturalmente, mal), han decidido dar consejos por su cuenta.

Más adelante insiste en algo que para él es la clave para toda mejora en el género humano, su condición intelectual y moral:

La experiencia me había enseñado que muchas falsas opiniones pueden ser sustituidas por otras verdaderas, sin que por ello se alteren los hábitos mentales que dieron lugar a aquellas falsas opiniones. No serán posibles grandes mejoras que afecten a la mayoría del género humano hasta que un gran cambio tenga lugar en la constitución fundamental de sus modos de pensar. Con la posible excepción de la *Lógica*, el ensayo *Sobre la libertad* tendrá, probablemente, más valor de permanencia que ninguna de mis otras obras. Porque la fusión de su espíritu (Harriet Taylor) con el mío ha convertido a esa obra en un filosófico libro de texto en el que se expone una sola verdad: que los cambios efectuados progresivamente en la sociedad moderna tienden cada vez más a poner de manifiesto con mayor vigor la importancia que, para el hombre y para la sociedad, posee el hecho de que exista una gran variedad de tipos de carácter, y la importancia de dar completa libertad para que la naturaleza humana se expanda en innumerables, opuestas direcciones.¹⁸

Un asunto práctico, muy útil para el análisis de los procesos de transición, es su apreciación de que en una fase de transición puede parecer poco importante este concepto, el de la pluralidad, pero que cuando se consolidan las nuevas ideas y pasan a ser credo establecido, a las nuevas generaciones que no conocen el proceso de su formación se les aparecen como un nuevo poder de coacción. Por eso es cons-

¹⁸ Mill, *Autobiografía*, p. 239.

tante su temor de que el inevitable crecimiento de la igualdad social y el poder de la opinión pública impongan sobre el género humano un yugo opresivo de uniformidad en las ideas y en las acciones.

Así pues, Mill sí que escribió su etología. Al menos sí que escribió sobre los límites internos de esa misma ciencia y lo ejemplarizó en el análisis concreto de una experiencia particular de conformación del carácter, el suyo propio.

Para concluir esta aproximación a los aspectos metodológicos de la obra de Mill, quisiera señalar algunos prejuicios que suelen aparecer al estudiar su obra. Como ejemplo valdría la pena comentar cierto tipo de prejuicio, importante también por la propia personalidad de alguno de entre quienes lo han cometido. Me refiero al tono general de la actitud que tomaba Bertrand Russell sobre Mill, que puede que esté actuando a la hora de una reconsideración precisa de la herencia de Mill en el ámbito de la lógica; particularmente parece importante desembarazarnos de tal prejuicio para abordar con una nueva actitud un problema omnipresente y tan importante como es el de la lógica inductiva, problema que parece recuperar su importancia aunque ahora retorne no sólo desde las ciencias humanas sino desde las aplicaciones técnicas de ciertos ámbitos de las ciencias formales.

Como comenté en páginas anteriores, el 19 de enero de 1955 Russell pronunciaba una conferencia sobre John Stuart Mill en la British Academy; en ella se mantienen las estrictas formas del estilo académico y evaluativo. Sin embargo, dos meses antes, el 2 de noviembre de 1954, había publicado en el *Corriere della Sera* un breve artículo con el título «Un filósofo di buon cuore»; allí, y aprovechando el estilo periodístico, Russell hace confesiones sobre su relación con Mill que en el trabajo de la Academia no aparecen o que son difícilmente observables, por ejemplo, adoptando una clara línea política de defensa de la libertad de expresión se coloca junto a Mill: «Soy un liberal absolutamente impenitente y creo en la libertad de pensamiento, en la libertad de expresión y en la libertad de palabra. A la intolerancia se la combate, mejor que de cualquier otra manera, con la libre discusión».¹⁹ Lo realmente cu-

¹⁹ Mi conocimiento de ese trabajo se produjo gracias a la inestimable ayuda de Ken Blackwell, director de los archivos Bertrand Russell, McMaster University en Hamilton, Canadá. En visita a esos archivos y conociendo mi interés por Stuart Mill, me ofreció esa pequeña joya de la que, de acuerdo con todo el trabajo documental y de organización de la obra de Russell patrocinada por los Bertrand Russell's Archives, no se conoce versión inglesa.

rioso es que tampoco puede decirse que los temas del artículo queden plenamente incorporados en el trabajo que presenta Russell a la British Academy; incorporación plena que desde luego fue mi primera suposición (seguramente motivada por las fechas) antes de contrastar los dos trabajos. El artículo en italiano sin duda representa parte del proceso de pensamiento, el laboratorio intelectual, en el que se está dando la elaboración de Russell sobre Mill.

Mi relación con John Stuart Mill se inició desde muy pronto, porque fue en cierto sentido mi santo patrón. Me explico: mis padres, como Mill, eran librepensadores y no creían en ninguna forma religiosa de bautismo; ello no obstante y en tanto que sea posible eliminar todo elemento religioso, Mill fue en su consideración como mi padrino [...] Antes de entrar en la Universidad había leído varias de sus obras: *La economía política*, *La lógica*, *Sobre la libertad*, *La esclavitud de la mujer*. Cuando llegué a Cambridge, convencido de que Mill era todo lo que un filósofo debería ser, me di cuenta de que ya no estaba de moda: «Hoy en día, se cree en Hegel». Por algún tiempo me dejé persuadir, pero volviendo sobre mis pasos llegué a la conclusión de que Mill era un filósofo en gran medida mejor que el alemán que me habían enseñado a reverenciar en Cambridge.²⁰

Ahí podemos observar el respeto moral por Mill, pero de inmediato aparece la separación analítica que Russell confía en poder realizar:

Cuando se habla de Mill, interesa distinguir dos cosas. Una es aquello que podemos llamar su contribución puramente cultural, sea en el campo de la lógica, sea en el campo de la economía; la otra es su contribución a las ideas políticas. No creo que su *Lógica* sea un libro importante, su contribución a las ideas políticas tiene, según mi parecer, una importancia en gran medida mayor.²¹

Mi opinión es que Russell hace una separación excesiva entre los campos del conocimiento e impide captar la peculiaridad del trabajo de Mill, no sólo su esclarecimiento en el campo de las ideas políticas; Mill, sin duda, es «un filosofo di buon cuore» en el sentido metafórico actual y también en el clásico, es decir, es además «uno de buena cabeza». Para entender mejor lo peculiar del trabajo de Mill en

²⁰ B. Russell, *Corriere della Sera*, 2-XI-1954.

²¹ *Ibíd.*

lógica, vale la pena referirse al momento de su recepción; por ejemplo, podemos fijarnos en lo que nos dice un profesor de lógica de la época, A. H. Killick, en sus resúmenes y esquemas sobre la lógica en *The Student's Handbook synoptical and explanatory of Mr. J. S. Mill's System of Logic*, 2.^a edición, Londres, 1876: «Aquellos cuyas lecturas de lógica se hayan restringido a los manuales al uso de esta ciencia, pueden quizá quedarse un poco perplejos», perplejidad derivada del tratamiento exhaustivo que realiza Mill de la llamada inferencia objetiva o inducción, no de la «pura transformación verbal» que supone la «inducción lógica» (Killick citando a Mill).

El asunto es que Mill trata principalmente de problemas que hoy claramente deberíamos incluir como aspectos metodológicos o de filosofía de la ciencia, y posiblemente hay que evaluar su obra bajo esa perspectiva, no sobre algo que no pretende hacer. Por tanto, la idea de Russell que aparecerá en el trabajo de la British Academy²² según la cual Mill nació en un mal momento para contribuir al desarrollo de la lógica, demasiado pronto y demasiado tarde, no permite captar la importancia del trabajo filosófico de Mill en el campo de la lógica y ha facilitado que muchos lógicos hayan seguido sin más el sendero trazado por esa opinión de Russell. Un trabajo, el lógico de Mill, que sin entrar ahora a analizar con detenimiento, está siendo considerado desde otra perspectiva a raíz tanto de los trabajos sobre lógica inductiva como los relacionados con campos de la psicología y la economía experimental y, en general, con todo lo que tiene que ver con el razonamiento aproximado o cuestiones similares. Baste por ahora citar a L. Jonathan Cohen: «Las tradiciones que siguen a Bacon o a Pascal se desarrollaron en buena medida de manera independiente durante dos siglos, hasta que J. S. Mill comienza a aplicar un análisis como el de Pascal a la inducción baconiana»,²³ o señalar que en el trabajo ya citado de G. Scarre (destacada contribución que coloca en su auténtica pre-tensión el trabajo de Mill) se demuestra bien lo que realmente son aportaciones indudables a una defensa de una teoría empirista del conocimiento y de la realidad.

²² Por cierto, de 1955, leído el 19 de enero de 1955, y no de 1951, según aparece fechado por varios autores como en el muy importante libro de G. Scarre, *Logic and Reality in the Philosophy of J. S. Mill*.

²³ L. J. Cohen, *The Philosophy of Induction and Probability*, Oxford, Clarendon Press, 1989.